

- VEGA CARPIO, Lope de, *Autos sacramentales completos de Lope de Vega. Vol. 5. El heredero del cielo*, ed. de Elena E. Marcello, y *El niño pastor*, ed. de Fernando Rodríguez-Gallego, Kassel, Reichenberger, 2019. 224 pp.
- VEGA CARPIO, Lope de, *Autos sacramentales completos de Lope de Vega. Vol. 6. Los acreedores del Hombre*, ed. de Daniele Crivellari y José Enrique Duarte, y *Del pan y del palo*, ed. de Alejandra Ulla Lorenzo, Kassel, Reichenberger, 2020. 170 pp.

UNA DE LAS INICIATIVAS MÁS INTERESANTES de la filología de los últimos años es la que tuvo Juan Manuel Escudero Baztán al proponer la edición de los autos completos de Lope de Vega, un corpus que siempre ha sufrido la comparación con los calderonianos, que nos han hecho considerar estos la cristalización de la forma clásica del género, en detrimento de propuestas estéticas anteriores, como las del *Códice de Autos Viejos* y, por supuesto, las del gran Lope. Afortunadamente, la dicha iniciativa ha resultado en una colección muy bien editada por Reichenberger (http://www.reichenberger.de/Pages/lope_autos.html), cuyos volúmenes 5 y 6 vamos a comentar en esta reseña, que hay que abrir con algunas palabras sobre los editores, salidos de la flor y nata de la filología actual: Elena Marcello, italianista y lopista, ha trabajado durante años en el Instituto Almagro de Teatro Clásico, con Felipe B. Pedraza Jiménez, Milagros Rodríguez Cáceres y Rafael González Cañal; Fernando Rodríguez-Gallego, calderonista y lopista, es autor de algunas de las ediciones más cuidadas de los últimos años; Daniele Crivellari, de nuevo lopista, suscita admiración por sus trabajos sobre el romancero, las marcas autoriales o las comedias perdidas de Lope; José Enrique Duarte, quevedista y calderonista, asegura la conexión del proyecto con el de los autos calderonianos, en el que firma algunas de las ediciones más conseguidas; Alejandra Ulla Lorenzo, calderonista y experta en bibliografía material y ecdótica, es la segunda representante del Grupo de Investigación Calderón (GIC), con el citado Rodríguez-Gallego. El elenco, pues, es inmejorable.

De ahí el resultado, en unos trabajos que se abren (en lo que nos concierne) con las reflexiones de Marcello sobre el corpus de autos lo-pesco: los cuatro del *Peregrino*, los que se encuentran en manuscritos y sueltas, y los dos de la *Navidad y Corpus Christi* de Isidro Robles. En este corpus, *El heredero del cielo* es representativo de muchos autos lo-pescos, por alejarse del modelo de exaltación eucarística propio de los autos calderonianos y reservar el misterio a un plano secundario, sometido, en el caso que nos ocupa, a la parábola de los viñadores homicidas. Marcello explica cómo Lope la liga con el motivo de la desobediencia y la desarrolla con el lirismo característico de su forma de entender los autos, en concreto, en este, con las canciones de trabajo. En cuanto al texto, Marcello examina con loable prudencia las posibles enmiendas, aunque el texto contiene algún que otro verso defectuoso (un hipermétrico en el v. 56; una separación extraña en el v. 413, que podría bien ser «aunque mal de los reyes escuchado»; uno que parece merecer la *crux desperationis*, el v. 558). Las notas son muy eficaces; la puntuación, perfecta. Solo dudamos del uso de mayúsculas para sentidos sacros: por una parte, parecería irreverente poner «señor» con minúscula cuando se refiere a Dios; por otra, en un texto imbuido totalmente de sentido religioso y susceptible de leerse casi en cada verso a dos luces, demasiadas palabras son susceptibles de ponerse con mayúsculas. También nos hace vacilar el criterio ortográfico con algunos nombres bíblicos: ¿Sedechías o Sedequías? ¿Jerusalem o Jerusalén?

También es admirable la de *El niño pastor*, de Rodríguez-Gallego, quien soluciona problemas como el que presenta el título de la obra y reflexiona sobre el estilo compositivo, que el editor revela como no solo lírico, sino también como una compleja taracea de diversos lugares de la Escritura. En cuanto a la fijación textual, Rodríguez-Gallego se aleja de la decisión de Menéndez Pelayo y edita un testimonio diferente del hasta ahora conocido. Como cabría esperar de Rodríguez-Gallego, la fijación, puntuación y anotación es excelente. Añadiríamos alguna diéresis (a los vv. 30, 95) y nota (los colores azules y rojos del lirio, en 301; los «accidentes de pan» de 545, que también está, y también sin anotar, en *Los acreedores del Hombre*, v. 262; el «Dios os provea» de 556), mínimos detalles en una edición modélica.

En cuanto a *Los acreedores del Hombre*, nos la presentan Crivellari y Duarte, quienes comienzan subrayando su esquema, que sigue el para-

digma del pleito. Es una edición tan eficaz y brillante que, como reseñador, solo cabe alabarla: por su erudición bíblica, su uso esclarecedor de lugares paralelos en los autos calderonianos, su fijación del texto y puntuación, etc. Tal vez alguna explicación más detallada del funcionamiento de un pleito en el Siglo de Oro habría sido útil para curiosos como el que esto firma.

Del pan y del palo viene de mano de Ulla Lorenzo, quien comienza solventando problemas de datación y dedica unos interesantes párrafos a cuestiones textuales, que le llevan a una resolución prudente: una actitud conservadora frente a los diversos lugares corruptos del texto. A los que señala hay que añadir el v. 124, hipermétrico («¿Quién? Memoria y entendimiento»), el 217 («ya que venís a aldea», muy fácil de solventar con el habitual «al», «al aldea»), el 289, hipermétrico (las variantes permiten solucionarlo), el 460, hipométrico. Las notas son excelentes, en particular el uso de lugares paralelos de textos como las *Rimas sacras*. Tal vez podrían haberse anotado el motivo de las disputas de hidalgos (v. 123) o el paradigma de los cantares de boda («sea enhorabuena», v. 143). En cualquier caso, es una edición magnífica, digna de contarse en una colección de esta calidad, que los lopistas y resto de lectores de teatro áureo celebramos con entusiasmo

ANTONIO SÁNCHEZ JIMÉNEZ
Université de Neuchâtel (Suiza)